

ANDALUCIA MITICA (VIII) / O SEL LING (GRANADA)



El Tíbet andaluz

O Sel Ling, situado en las estribaciones de La Alpujarra granadina, es un lugar de retiro. Allí van los budistas y los no budistas a reflexionarse y a medirse contra la soledad

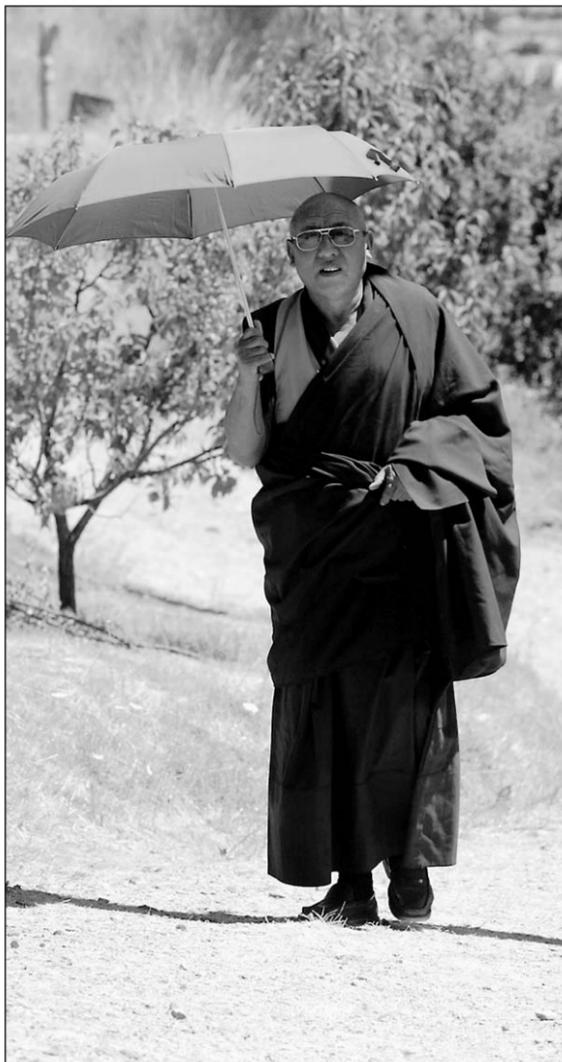
LUIS MIGUEL FUENTES

O SEL LING.— El Buda de la Compasión tiene mil brazos y algo de elefante indio y algo de nenúfar y algo de señorita hawaiana, flota en su sabiduría azul y naranja, en su bondad hecha de respiración y pies descalzos, allí sobre las velas, en un silencio que viene de la montaña o del estómago. Steve medita, que quizá es como sumergir el pensamiento en el hecho de que el mundo o uno mismo es una flauta y el alma un arco que se tensa y se destensa. Steve en la posición del loto, con el cuerpo como en equilibrio con alguna misteriosa campana invisible, quizá temblado interiormente por un mantra, esas palabras que te convierten en una cueva, mientras la pequeña sala de meditación parece un foque rojo que sigue el ritmo de su aliento. Cuando Steve vuelve de sus túneles, es como si regresara de una sauna del espíritu o de una fuente donde mojó transparentemente la frente y las muñecas.

El budismo, esa religión sin Dios, de mirarse hacia dentro y verse allí las galaxias como pulseras, hace muchas metáforas con las energías del cuerpo, que es un zurrón para el alma viajera; le pone bombillas y nombres de dragón a cada debilidad y a cada fortaleza humana, pero quizá es sólo la moral de la bondad y la inteligencia de verse en armonía con la Totalidad y uno mismo, aunque luego, en realidad, no nos reencarnemos ni en luz ni en bichito.

«Mi karma maduró cuando llegué aquí. Me vi como en un espejo, entendí por qué no encontraba satisfacción en mi vida». Así se explica a sí mismo Steve, inglés de ojos lacustres que antes trabajaba en una inmobiliaria en su país y ahora pesa menos, se ha quitado los zapatos del mundo y ha dejado atrás su latería y sus mequindades, que no llevaban a nada más que a un círculo de deseos que traen frustraciones y frustraciones que traen más deseos. Steve vino de mochilero para una semana y lleva allí seis años. O Sel Ling lo cambió, quizá porque allí cambia todo, como si se hubiera pasado un velo que nos ciega abajo, donde el resto del planeta parece una orgullosa olla hirviendo o un pozo lleno de cangrejos canibales.

Hay un lama tibetano con paraguas azul, como si lo hubiera pintado un Renoir surrealista, hay cabañas suspendidas en las rocas, hay caminos como para cabras santificadas, hay pensamientos del Dalai Lama esculpidos («mi religión es la amabilidad»), hay un silencio de vivir submarinamente en lo alto, 1.600 metros sobre el mar, sobre el Mediterráneo que se ve desde allí ya curvado, igual que desde el mirador de un cápsula espacial, el mar y hasta África desde lo alto de la Alpujarra granadina, con Capilería,



REPORTAJE GRAFICO: J. F. FERRER

Pampaneira y Bubián como una porcelana bella que se estrelló muy abajo. O Sel Ling significa «lugar de luz clara», quizá porque estar allí es como llegar al manantial de todo lo luminoso que cae luego al mundo como un gran telón deshilachado. El nombre se lo puso el mismo Dalai Lama cuando lo visitó, poco después de

En las casas de meditación sólo una ventana, una cama, un altar y un infernillo; los que así lo eligen pasan los días en soledad

que los lamas Yeshe y Zopa lo descubrieran en 1980 y decidieran establecer el centro. Allí, a la misma altura que el espíritu, suena el silencio,

que es la sensación de que las cosas se mueven sin rozarse o que sólo vibran las campanillas de la naturaleza. No es un monasterio aunque hay monjes; es un lugar de retiro, casas de pizarra adaptadas a la temperatura de pájaro del budismo. Allí van los budistas o los no budistas, a reflexionarse y a medirse contra la soledad en un duelo sin ruido, como contra el tigre blanco y mudo que fueran ellos mismos.

Paloma hace un té muy denso de filosofías y dirige todo aquello como deslizándose o apareciéndose. «Organizo los grupos, enseño a meditar y doy a conocer el budismo. Aquí hay más de veinte personas, entre los que están de retiro y los que estamos para que funcione esto. Viene mucha gente, de todas partes, y no hace falta convertirse al budismo. Lo que sí hace falta es tener alguna base, estar familiarizado con una tradición espiritual. Es mucha disciplina, mucho tiempo de meditación, de estudio, de aislamiento, en el que salen todos tus fantasmas, y si no estás preparado, puede ser contraproducente». En las casas de meditación, descolgadas por la montaña, ocultas bajo senderos o arboledas, las casitas como repisas para las almas, sólo una ventana, una cama, un altar y un infernillo, los que así lo eligen pasan los días en soledad y recogimiento, repensándose con el mundo. Ni para comer tienen contacto con nadie más. Los alimentos para cada día se les deja en cestas.

«En España es el único sitio de estas características, y en Europa, tampoco los conozco así—cuenta Paloma—. Por aquí han pasado maestros de la meditación y han dicho que es muy especial». Paloma es madrileña, fue enfermera, pasó por el desencanto y el escepticismo. «No encontraba respuestas, buscaba pero no hallaba satisfacción. Me interesé por las tradiciones espirituales. En Ibiza vi a un lama e hice un curso. No comprendí mucho y me daba un poco de recelo estar entre tanto hippie, pero intuí que merecía la pena investigar. Compasión, amor, era una forma diferente de pensar...». Ahora lleva el hábito naranja y rojo de los monjes y su nombre tibetano es Tenzin Chory. «En el segundo viaje que hice a la India, decidí encaminar mi vida y tomar la ordenación con el Dalai Lama. Y aquí he estado, del 86 al 90, y luego desde el 97».

Allí, la vida tempranera, levantarse con el sol, leer, meditar, trabajar en lo que le asignen a uno, dulzura blanca de la pausa, belleza de los caminos despejados hacia lo alto y hacia uno mismo. Todo lo demás parece quedar lejos y sucio. Abajo, los pueblos alpujarreños tiemblan como espejos fabricados en bruma. En esos pueblos encontraron a la reencarnación del lama Yeshe, el niño Osel Hita Torres, que tomó el nombre del lugar. Quizá los espíritus conocen pronto su casa, como la luz conoce su cielo.

Entre el tóxico y la normalidad

Por la adusta biblioteca en la que habla Paloma, donde hay collares, camisetas que dicen «free Tibet» y libros de meditación que parecen dar ejemplo flotando en las estanterías, pasa de vez en cuando el lama Geshe Tega como un San Pancracio azafrañado y de lo austero, con un murmullo de mantas y sandalias de espuma, un lama de un tibetanismo orondo y simpático, con la calva sabia y la sonrisa niña. Sólo Paloma y Geshe Tega son monjes allí, los demás son budistas de a pie, ayudando a que funcione todo, más los que están de retiro espiritual, que sólo se ven en huellas y en una presencia disipada que está sobre los castaños o comiendo miel a solas con la altura y sus pensamientos.

El sitio ya parece consagrado por la naturaleza y por lo callado, y aún lo es más ante la Estupa, como una pagoda que posó el aire, símbolo de la iluminación que purifica el lugar y la gente, a la que dan tres vueltas quizá como una metáfora directísima de la búsqueda; o en la rueda de oraciones, bronce con palabras mágicas, «Om Mani Padme Hung», con 82.000 millones de mantras enrollados dentro, quizás la más poderosa del mundo, campana en la que se aprieta lo divino del hombre y donde se espera que resuene el metal purísimo de sus adentros. Al aire libre, moviéndose siempre como entre versos, Paloma y Geshe Tega son como colibríes rojos que se buscan la verdad en lo pequeño y en lo grandioso, para luego ayudar a los demás a buscarla también.

«Yo ganas de irme no tengo—dice Pepe, el más veterano allí, ocho años respirando la pureza—. Vivo aquí y ya no hay quien me eche». En la cocina, que tiene algo de fogón de gnomos, preparan la comida vegetariana. «Antes tenía mi trabajo—cuenta Pepe—, tenía dinero a principio de mes y no lo tenía al final; aquí no lo tengo ni al principio ni al final pero soy más feliz».

Miren es del País Vasco y sólo viene a pasar julio y agosto. «Es una forma de vacaciones, aunque aquí también estoy trabajando. Aún no me he hecho budista, pero soy simpatizante. No me he comprometido en la práctica diaria, voy despacito, pero quiero empezar a profundizar. Siempre te imaginas a los budistas como gente etérea y mística, pero son gente normal y corriente». «Seguimos siendo personas con miedo, con orgullo, con celos—aclara Paloma—, pero el budismo te dice cómo manejar esto para no ser desgraciado. Te ayuda a conocer tu interior. Pero el budismo es algo vivo, porque sólo funciona si se hace activo, participativo».

Mañana: Lanjarón, Vírgenes y brujas